

BREVE HISTORIA DE NAPOLEÓN

Juan Granados



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de Napoleón*
Autor: © Juan Granados
Director de la colección: José Luis Ibáñez Salas

Copyright de la presente edición: © 2013 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN edición impresa 978-84-9967-465-0
ISBN impresión bajo demanda 978-84-9967-466-7
ISBN edición digital 978-84-9967-467-4
Fecha de edición: Febrero 2013

Impreso en España
Imprime: Imprenta Fareso
Depósito legal: M-41610-2012

Índice

Prólogo.....	13
Introducción	17
Capítulo 1. El joven Bonaparte	21
¿A qué huele Córcega?.....	21
Brienne: Plutarco y las matemáticas	29
Saint-Cyr. «Como el granito abrasado por un volcán»	35
La particular Revolución de Bonaparte	39
Cuando Napoleón encontró a Désirée.....	42
El hombre ante su destino: el sitio de Tolón	47
Capítulo 2. El general Bonaparte al servicio de la Revolución	53
Napoleón en entredicho	53
El general vendimiario	59
Josefina de Beauharnais	63
Italia: veloz como el pensamiento	70
Un ejército de ciudadanos	84
Tras la victoria	87

Capítulo 3. Guerra y ciencia en Egipto	93
Miembro del Instituto de Francia	93
Tras los pasos de Alejandro	96
Bournaberdis Bey	103
La misión científica	111
Bonaparte en Tierra Santa	115
Con Francia en el ánimo	121
Capítulo 4. El primer cónsul	127
Conspirando contra el Directorio	127
El 18 de brumario, el «dios del día» hablando para los mamelucos... ..	134
La Constitución del año VIII.....	138
El primer cónsul, Napoleón, aplicado al gobierno... ..	143
Pólvora contra el cónsul	151
«Tendréis vuestros sacerdotes»	157
Las glorias de Marengo	159
La guerra no buscada	164
Capítulo 5. La eclosión del Imperio	169
Emperador de los franceses.....	169
«Una plancha de madera forrada de terciopelo»	180
La campaña de 1805 (I), fracaso en el mar	183
La campaña de 1805 (II), gloria en el continente ...	188
La guerra prusiana	193
La forja del Imperio.....	196
Tiempos felices, María Walewska y el encuentro de Tilsit	201
Capítulo 6. La estrella se apaga	209
1808, el punto de inflexión	209
El laberinto ibérico	210
La cuestión portuguesa	215
José I Bonaparte, rey de España	219
Entrevista en Erfurt y nueva guerra con Austria....	226
En busca de un heredero	229

La ratonera rusa	235
Una retirada infernal	243
Capítulo 7. Años de derrota y exilio	249
«Sólo el general Bonaparte puede salvar ahora al emperador Bonaparte»	249
La guerra en casa	255
La abdicación... ..	258
El «imperio» de Elba	268
Los cien días	274
Waterloo	279
La abdicación como única salida	282
Santa Elena, el último acto	287
Cronología	301
Bibliografía	309

1

El joven Bonaparte

¿A QUÉ HUELE CÓRCEGA?

Uno de los primeros mitos sobre Napoleón es aquel que considera al «pequeño cabo» un arribista provinciano con fortuna. Nada más alejado de la realidad. Napoleón Bonaparte nació en el seno de una poderosa familia corsa de florido pasado, que nada tenía que ver con la procedencia algo rústica que deseaban achacarle despectivamente sus detractores. En realidad, su padre, Carlo Buonaparte –luego Bonaparte, cuando necesitó parecer algo más francés de lo que era–, procedía de un linaje inscrito en el libro de oro de Bolonia y tenido por casa patricia en Florencia. Por si cupiese alguna duda, la misma etimología italiana de su apellido significa literalmente ‘buen partido’, no porque sus herederos gozasen de amplia fortuna, que a menudo también, sino porque el apelativo ‘buen partido’ servía desde el

siglo XII para identificar a los hombres del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, llamados «gibelinos», en permanente batalla con los «güelfos», fieles al papado. Ambas facciones protagonizaron en suelo italiano aquella singular disputa entre los dos poderes universales que pugnaban por el *Dominium Mundi*.

Así, un Hugo, antecesor de todos los Buonaparte, aparece mencionado en 1122 combatiendo junto al duque de Suabia, Federico el Tuerto, para hacerse con la Toscana. A resultas de aquellas victorias, un sobrino suyo adoptó por primera vez el apellido, estableciéndose como miembro del consejo que gobernaba Florencia. Cuando los gibelinos perdieron el poder en la ciudad, los Buonaparte se exiliaron a la villa genovesa de Sarzana. Parece que su asiento en la costa ligur resultó bastante más estable, pues el linaje no llega a Córcega hasta que, en pleno siglo XVI, Francesco Buonaparte recala en la isla formando parte de la expedición genovesa destinada a colonizarla. Desde entonces, los Buonaparte, especializados en la abogacía, medraron convenientemente en diversas poblaciones corsas como Talavo y Bocognano a la sombra del poder local, del que siempre formaron parte, manteniendo su propio clan o *pieve corso*.

De este modo, Carlo Bonaparte, padre de Napoleón, será un miembro muy apreciado de la comunidad corsa cuya discreta fortuna le permitiría cursar estudios en Pisa y Roma. Carlo, al que el panegirista de Napoleón, y su contemporáneo, monsieur de Morbins, describe como «buena persona, de elocuencia viva y natural y de muy buena comprensión», era un patriota, íntimo amigo de Pasquale Paoli, líder indiscutible de la resistencia corsa frente a la dominación genovesa. Juntos lucharían contra los usurpadores de la libertad de los corsos, contribuyendo a expulsar a los genoveses de la isla. Ya por entonces acompañaba a Carlo en sus cabalgadas la valiente Letizia Ramolino, su esposa, descendiente de

Breve historia de Napoleón

los condes de Collalto e hija del gobernador militar de Ajaccio. Descrita como una mujer devota, muy frágil y de pequeña talla, apenas metro cincuenta de estatura, Letizia llegó a ser considerada una de las más valientes y gallardas damas de su tiempo. La joven pareja, tras su boda en 1764, se instaló en la capital, ocupando la mansión familiar de los Buonaparte en la vía Malerba.



Carlo Buonaparte o Buonaparte (1746-1785), padre de Napoleón. A pesar de haber vivido tan sólo treinta y nueve años, logró sentar las bases de la prosperidad de una dilatada familia. Optó por el bando francés y de este modo propició la carrera de Napoleón en el ejército, becado por Luis XVI.

Cuando Carlo Buonaparte quiso conocer a Pasquale Paoli en su fortaleza de Corte, tenía tan sólo veinte años, frente a los cuarenta y uno de su admirado mentor. La edad no fue distancia para ellos; Paoli, tan patriota como revolucionario, empeñado en dotar a su pueblo de una constitución, enseguida le otorgó su confianza al joven Buonaparte, encomendándole la difícil misión de interceder ante el papa a favor de la independencia de Córcega. Carlo demostró bien pronto su capacidad diplomática, obteniendo de Roma el compromiso de no implicarse a favor de los genoveses. Parecía que los independentistas habían triunfado; Paoli pudo proclamar la constitución y comenzar su presidencia gobernando con mesura y sentido común, iniciando una ambiciosa política de construcción de caminos, eliminando el bandolerismo y llegando a fundar una modesta universidad. Pero los genoveses actuaron con astucia y, viendo todo perdido, firmaron en Versalles la venta de la isla a la Francia de Luis XV. Así, a partir del 15 de mayo de 1768, Córcega fue oficialmente francesa, mientras Pasquale Paoli y sus patriotas se preparaban para una nueva resistencia al grito de «libertad o muerte».

Luis XV tardó bien poco en reclamar sus derechos. En agosto de 1768 una poderosa escuadra francesa desembarcó un ejército de diez mil soldados en Bastia, en el extremo de la isla opuesto a Ajaccio. Sin dudarle un instante, Carlo Buonaparte, acompañado nuevamente de la animosa Letizia, marchó a las agrestes montañas del interior de la isla para reunirse con su admirado líder Paoli. Las tropas de la resistencia no se podían comparar ni en número ni en equipamiento a las francesas, pero contaban con el dominio de la difícil orografía corsa y aplicando la guerra de desgaste consiguieron derrotar al contingente francés mandado por el general Bernard-Louis Chauvelin, haciendo además quinientos prisioneros.

De poco sirvió aquel heroico esfuerzo, Francia no estaba dispuesta a abandonar la presa y regresó al año siguiente con un ejército de veintidós mil hombres, al mando del experto y eficaz conde de Vaux. Carlo y Letizia, con su primer hijo Giuseppe a cuestas, se vieron obligados a dirigirse a los refugios del monte Rotondo, el más alto de la isla, para unirse a la batalla. Nuevamente lucharon los corsos con valor, pero esta vez el enemigo era demasiado numeroso, de tal modo que el 9 de mayo los patriotas fueron definitivamente derrotados en la batalla de Ponte Nuovo. El conde de Vaux actuó con mucha sagacidad al permitir exiliarse a Inglaterra a Paoli, en tanto ofrecía la amnistía a todos aquellos corsos que marchasen pacíficamente a sus casas. Carlo Buonaparte, como uno de los principales lugartenientes de Paoli, vivió su personal tormenta interior, debatiéndose entre su deseo de seguir a Pasquale Paoli en el exilio y la certeza de que a su familia le iría mejor permaneciendo en su patria. Optó por lo último, no sin antes despedir afablemente a su mentor en el puerto de Bastia, donde este se embarcaría en un buque de guerra inglés junto a otros trescientos cuarenta corsos que preferían el exilio antes que el dominio francés.

Carlo Buonaparte y Letizia Ramolino regresaron a Ajaccio. El tiempo confirmaría que la elección había sido acertada. Por entonces, Letizia estaba ya embarazada de su segundo hijo; la pareja había tenido otros dos antes de Giuseppe, pero los habían perdido y, mientras Carlo se integraba muy rápidamente en la nueva Administración francesa, como asesor legal del juez del distrito de Ajaccio, la madre de Napoleón regresó a la vida tranquila de la capital y a sus rutinas religiosas. Un 15 de agosto de 1769, día de la Asunción de María, decidió acudir, como tantas veces, a misa en la catedral. Allí mismo sintió las primeras señales de parto. Con la ayuda de su cuñada Geltruda Paravicini pudo dar los



Pasquale Paoli (Morosaglia, 1725-Londres, 1807), líder incontestado de la insurgencia corsa, aún hoy venerado por sus compatriotas. Para Napoleón fue siempre un espejo en el que reflejarse, aunque paradójicamente el enfrentamiento de ambas familias condujo a los Bonaparte al exilio marsellés. Retrato de Richard Cosway.

pocos pasos que la separaban de su villa, pero le resultó imposible ya subir a la primera planta. Napoleón nació aquel mismo día sobre una alfombra del vestíbulo de los Buonaparte. El que sería emperador de los franceses vio la luz en Córcega, como súbdito del rey de Francia casi por casualidad; tan sólo unos meses antes no habría sido francés. Incluso si su padre se hubiese decidido a seguir los pasos de su líder natural, Paoli, el que llegaría a ser martillo de Inglaterra bien hubiese podido nacer en Londres. Significativamente, sus padres quisieron llamarle Napoleón, nombre de uno de los tíos de Letizia que había combatido a los franceses y acababa de fallecer.

Luego vendrían seis hijos más: Luciano, Jerónimo, Luis, Carolina, Elisa y Paulina. Los Buonaparte habían conformedo una gran familia que había que mantener, así que no resulta extraño que Carlo Buonaparte hiciese todo cuanto estaba en su mano para hacer olvidar su pasado, abrazando el bando francés. En esto ayudó mucho la belleza natural de Letizia Ramolino, que, al igual que había ocurrido antes con el mismo Paoli, el cual adoraba jugar a los naipes con ella, gozaba de la admiración del septuagenario general Louis Charles Rene, conde de Marbeuf y virtual gobernador de la isla, quien según Stendhal «le hacía la corte al estilo italiano».

La amistad con Marbeuf resultó muy útil a la familia. Gracias a su influencia, Carlo Buonaparte, ya Bonaparte, fue reconocido como noble, cosa que ya era, y en 1779 fue llamado a París como diputado por Córcega, confirmando así su plena integración en la Administración francesa. Es más, fue el propio Marbeuf, a través de su sobrino el arzobispo de Lyon, responsable de otorgar las subvenciones reales, quien consiguió que dos de los hijos de Carlo Bonaparte fuesen becados para estudiar en el continente, disfrutando de las ayudas que el rey concedía a la nobleza empobrecida. José, en razón de su carácter pausado y retraído, fue destinado al seminario de Autum a fin de iniciar la carrera religiosa y Napoleón, luchador y animoso desde la primera infancia, a la escuela militar de Brienne para comenzar su temprana formación como oficial del ejército. Napoleón se hacía definitivamente francés, sí, pero nunca olvidaría el olor de Córcega, su patria. Córcega, nos dice el literato e historiador francés Max Gallo, olía a mar, a la fragancia de los pinos, a lentisco, a madroño y a mirto, también a vendetta, orgullo y revolución, Paoli y su ejemplo permanecerían por siempre en su memoria, no menos que los textos de Plutarco, a quien Paoli citaba cada vez que le venía al paso.



Cuenta la tradición que Letizia Bonaparte regresaba de oír misa en la catedral de Santa María de la Asunción en Ajaccio, como cada domingo, cuando le asaltaron los dolores del parto. Napoleón nacería sobre una alfombra del vestíbulo de la casa de sus padres.

BRIENNE: PLUTARCO Y LAS MATEMÁTICAS

La academia de Brienne, situada en la región de Champaña, era tenida por una de las mejores instituciones de formación militar de Francia. Fundada tan sólo dos años antes de la llegada de Napoleón en 1779, la academia real estaba administrada por los franciscanos, antiguos propietarios del colegio, bajo la dirección del fraile Louis Berton, tan hosco como pomposo. La vida allí era austera y la disciplina muy estricta. La cincuenta de alumnos se agrupaba en sobrias habitaciones de diez ocupantes, que se levantaban a las seis de la mañana y se echaban a dormir a las diez de la noche tras una febril actividad. Durante aquellas largas jornadas, el joven corso fue instruido en todo aquello que

JUAN GRANADOS

de cerca o de lejos tenía, a ojos de los frailes, relevancia e interés para un futuro oficial del ejército del rey: latín, historia, geografía, matemáticas y física por la mañana, y esgrima, baile, gimnasia, música, alemán y algo de inglés por la tarde. En medio había tiempo para el dibujo y el estudio de las técnicas de fortificación; también, obviamente, para la asistencia a misa y algún medido período de asueto.



Recreación popular de una imagen del joven Bonaparte en la academia militar de Brienne. Allí fue objeto de las burlas de sus compañeros por su origen corso y por ser considerado un pobre becario. Nada de esto le arredraba; ya en la niñez, Napoleón era todo determinación y consciencia de su propia valía, como refleja el texto de una carta dirigida a su padre desde Brienne el 6 de abril de 1783: «¡Padre mío, si vos, o mis protectores, no me dais medios de sostenerme más honorablemente, llamadme cerca de vos, estoy cansado de exhibirme en la indigencia y de ver sonreír por ello a alumnos insolentes, quienes no tienen más que su fortuna sobre mí, ya que no hay uno que no esté a cien picas por debajo de los nobles sentimientos que me animan!». (En la página siguiente, la reproducción de la carta citada).

« Brienne, 6 avril 1783.

- Mon père, si vous, ou mes protecteurs ne me donnent pas des moyens de me soutenir plus honorablement, rappelez-moi près de vous, je suis las d'afficher l'indigence et d'en voir sourire d'insolents écoliers, qui n'ont que leur fortune au-dessus de moi, car il n'en est pas un qui ne soit à cent fiques au-dessous des nobles sentiments qui m'animent !

« Eh ! quoi, Monsieur, votre fils serait continuellement le plastron de quelques nobles patoquets, qui, fiers des plaisirs qu'ils se donnent, insultent en souriant aux privations que j'éprouve ! Non, mon père, non, si la fortune se refuse absolument à l'amélioration de mon sort, arrachez-moi de Brienne : donnez-moi, s'il le faut, un état mécanique ; que je voie des égaux autour de moi, je saurai bientôt être leur supérieur ; à ces offres jugez de mon désespoir ; mais, je le répète, j'aime mieux être le premier d'une fabrique que l'artiste dédaigné d'une académie.

Cette lettre, veuillez le croire, n'est pas dictée par le vain désir de me livrer à des amusements dispendieux, je n'en suis pas du tout épris. J'éprouve seulement le besoin de montrer les moyens que j'ai de me les procurer comme mes camarades.»

Carta que continúa en parecidos términos:

«¡Eh! ;Que, Señor, vuestro hijo sería continuamente el peto de algunos nobles patanes, quienes, orgullosos de los placeres que se dan, insultan sonriendo las privaciones que padezco! No, mi padre, no, si la fortuna se rehúsa absolutamente a la mejoría de mi suerte, arrancadme de Brienne: dadme, si hace falta, un estado mecánico; que yo vea iguales alrededor de mí, sabré pronto ser su superior; por estos ofrecimientos juzgad de mi desesperación; mas, lo repito, prefiero ser el primero de una fábrica que el artista desdeñado de una academia.

Esta carta, creedlo, no está dictada por el vano deseo de librarme a diversiones dispendiosas, en nada estoy prendado de ellas. Siento solamente la necesidad de mostrar los medios que tengo de procurármelos como mis camaradas».

Las primeras noticias sobre el carácter del futuro emperador de Francia proceden de esta etapa de formación en Brienne. Se le tenía por un muchacho disciplinado y cumplidor, serio y en ocasiones taciturno, pero de ningún modo desagradable o asocial. Napoleón, que contaba tan sólo nueve años, se encontró muy pronto con la realidad del mundo. Aunque provenía de la clase acomodada corsa, en Brienne era un pensionado del Estado en medio de alumnos procedentes de la alta sociedad del continente. Hablaba francés con un profundo acento italiano, de manera que cuando se presentaba por su nombre sonaba algo así como *Napoilloné*, motivo por el cual sus compañeros comenzaron a conocerle por el sobrenombre de *la paille au nez* ('la paja en la nariz'). No lo tenía desde luego fácil, pero conociendo al personaje, se puede comprender que se sobrepusiera a todo. Tanto le gustaba el estudio de la ingeniería de fortificaciones que muy pronto se hizo con el respeto de sus camaradas, a los que ordenaba atacar o defender los parapetos que ideaba durante los tiempos de recreo. Con menos de diez años comenzó a mandar con el estilo seco y parco en palabras que le caracterizaría de por vida. Ya entonces, todos le seguían, aunque continuaba siendo como una isla, casi inaccesible a los demás.

Existen bastantes registros de aquella época que reflejan cómo se iba formando en el joven Napoleón una personalidad dominante y magnética. En cierta ocasión, un profesor le castigó a usar orejas de burro y cenar arrodillado junto a la puerta del refectorio. Un castigo usual en la academia por el que todos habían pasado sin una mala queja. Pero cuando el maestro observó que el muchacho no se arrodillaba, insistió: «De rodillas, señor». En ese instante, Napoleón enrojeció de ira, golpeó el suelo con los pies y exclamó: «¡Tomaré mi cena de pie, no arrodillado, en mi familia nos arrodillamos sólo ante Dios!». Lo normal en estos casos sería que tal insolencia fuese

castigada con una pena aún más severa, pero no ocurrió nada de eso; muy al contrario, intervino Berton, el director, y el castigo le fue levantado.

Paralelamente, el propio Napoleón descubriría con posterioridad cómo alguno de sus mecanismos mentales, el universo de sus concepciones, se fue fraguando en esta etapa. Por ejemplo, en lo que respecta a sus creencias religiosas. No fue un completo ateo, casi nadie lo era en su mundo, pero guardaba serias prevenciones respecto a la religión católica. Sus primeras dudas aparecieron cuando escuchaba un sermón del domingo en la capilla de Brienne. En un determinado momento, el oficiante aseguró que grandes hombres de la Antigüedad como Catón o Julio César ardían con toda seguridad en el infierno, algo que objetivamente no podía comprender, que «los hombres más virtuosos de la Antigüedad [ardieran] en la llamas eternas porque no habían practicado una religión de la cual nada sabían». Desde entonces decidió que la religión en general y el catolicismo en particular no podían tomarse muy en serio, aunque haría buen uso de sus estructuras en el futuro, siempre según su conveniencia y los imperativos de sus necesidades políticas.

En el orden académico, destacó en matemáticas, geografía e historia. En eso fue el mejor de su promoción; sin embargo nunca pudo con la ortografía y el latín. Los idiomas en general se le daban mal. De hecho, cuenta el erudito caballero francés del siglo XIX Emil de Saint-Hilaire en su *Historia popular, pintoresca y anecdótica de Napoleón* que cuando su profesor de alemán, un tal Bauer, fue informado de que el pequeño corso estaba examinándose para promocionar a la escuela militar de Saint-Cyr, exclamó:

—Pero, ¿acaso sabe algo?

—¡Cómo! Señor —le respondieron—, ¿no sabéis que de todos los alumnos de la escuela él es el más adelantado en matemáticas?

JUAN GRANADOS

–Decid cuanto os parezca –repuso el maestro de alemán–, pero vuestro Napoleón Bonaparte nunca será más que un bruto.

Lo cierto es que las matemáticas y la poliorcética, por una parte, y la historia por la otra eran su verdadera pasión. En los ratos libres corría a la biblioteca para leer a sus autores favoritos. Lo suyo eran las historias sobre héroes y hombres singulares, por eso sus preferidos eran Corneille, la epopeya en verso de Ossian del irlandés James McPherson y, naturalmente, Plutarco. Conceptos como el honor, el deber y el patriotismo eran los pilares en los que deseaba sostener su ánimo, descartada ya la religión.

Como resultado a una trayectoria más que prometedora, un inspector del rey, el caballero de Kéralio, de visita en Brienne en 1783, informó positivamente para el ingreso de Napoleón Bonaparte en la escuela militar de Saint-Cyr:

M. de Napoleón, nacido en Ajaccio (Córcega) el 15 de agosto de 1769. Es de buena complexión y excelente salud, obediente, pundonoroso y reconocido para con sus superiores; de muy regular conducta. Siempre se ha hecho notable por su aplicación a las matemáticas; está bastante instruido en geografía e historia: en el latín y los ejercicios de ornato no sobresale y tan sólo ha cursado la cuarta clase. Será un excelente marino.
Merece pasar a la escuela de París.

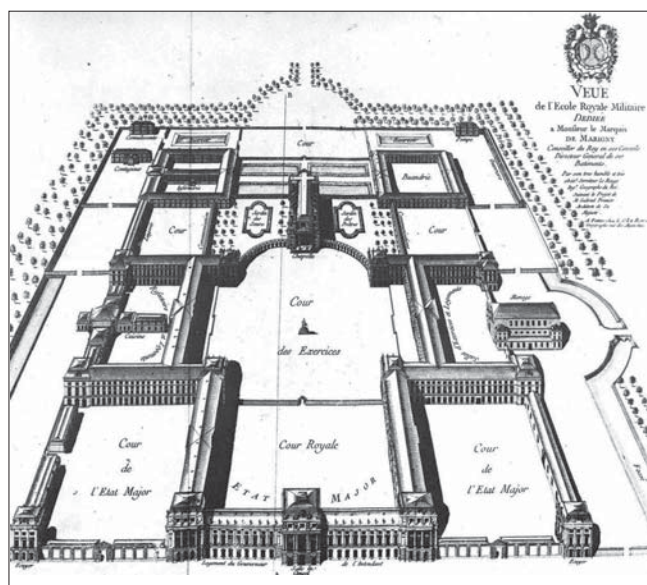
En efecto, Napoleón pensó durante mucho tiempo ser marino; al fin, en ese momento Inglaterra y Francia dirimían sus disputas en la mar, donde los almirantes Suffren y De Grasse habían obtenido sonadas victorias. Pero tras una visita de sus padres a Brienne cambió de parecer y decidió hacerse artillero. Parece que fue su madre, la bella Letizia, quien lo convenció de lo

innecesario de juntar el mar a los muchos peligros que ofrecía el enemigo.

Pese al informe favorable del caballero de Kéralio, Napoleón no ingresó en Saint-Cyr hasta octubre de 1784, dejando de este modo libre su plaza en Brienne para que fuese ocupada por su hermano Luciano.

SAINT-CYR. «COMO EL GRANITO ABRASADO POR UN VOLCÁN»

La academia militar, obra del célebre arquitecto real Ange-Jacques Gabriel, había sido inaugurada tan sólo trece años antes de la llegada del célebre cadete corso. Es fama el asombro que sufrió Napoleón ante aquella magnificencia, propia de un tiempo que estaba alcanzando su rápido final. El edificio, con su fachada dominada por ocho columnas corintias, la airosa cúpula cuadrangular, el frontón con relieves alegóricos; todo allí hablaba de lujo y privilegio. También en el interior: las aulas estaban orladas con la dorada flor de lis como motivo, los dormitorios disponían de calefacción, las cortinas de lienzo de Alençon, las mesas bien servidas a la hora de almorzar, con no menos de tres postres como remate de cada comida, servidos por ceremoniosos criados. A su llegada en 1784, en el mismo dintel de la École, Bonaparte fue bien consciente, si no lo era ya, de que pisaba terreno destinado a la élite de Francia. Junto a los muchachos becados como él, se sentaban los vástagos de la alta nobleza del país. Sus apellidos hablaban por sí mismos: el duque de Fleury, Laval-Montmorency, el príncipe de Rohan Guémenée, primo del mismo rey..., muchachos que, como cabía suponer, apenas se dignaban mirar al becado corso, un pobretón, vástago de una tierra conquistada.



Proyecto inicial elaborado por el singular arquitecto real Ange-Jacques Gabriel para la École Militaire (1751), Biblioteca Nacional de Francia. La magnificencia del último barroco acogía a los hijos de la élite de Francia para incorporarlos a la oficialidad de sus ejércitos.

Poco importa todo eso al joven Bonaparte. Taciturno y perseverante, a menudo se le ve paseando con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, refugiado en sí mismo, pero desafiante ante cualquier leve ofensa. Era un muchacho escurrido y corto de estatura, pero jamás perdió una pelea en la academia, su fuerza venía de muy adentro, singularmente del respeto por sus orígenes y la veneración que sentía por Pasquale Paoli. Sobre esa consciencia de amor a la propia dignidad, narra Max Gallo una sabrosa anécdota. Los cadetes debían confesarse obligatoriamente una vez

al mes. El cura encargado de atenderle en una de esas ocasiones, cometió el error de definir a los corsos como «bandidos arrogantes». Esto era mucho más de lo que Napoleón podía soportarle a nadie. «No he venido aquí para hablar de Córcega –exclamó indignado, para añadir–: y la misión de un sacerdote no es reprenderme sobre ese punto». Acto seguido rompió de un puñetazo la rejilla que le separaba del confesor y la emprendió a golpes con él. Podría ser pobre y estar allí gracias a una pensión del rey, pero era muy consciente de que cada quien es dueño de cambiar su destino. En este sentido, resulta significativo saber que el primer libro que adquirió a su llegada a París en compañía del padre Breton fue *L'Histoire de Gil Blas de Santillane*, novela picaresca obra de Alain-René Lesage, la historia, como se sabe, del encumbramiento del hijo de un mozo de cuerdas a favorito del rey de España.

1785 es el año del prematuro fallecimiento de su padre, Carlo Bonaparte, aquejado de un terrible cáncer de estómago. Ocurrió en febrero, en la localidad de Montpellier, donde había acudido en busca de nuevos remedios curativos, pues la dieta a base de la ingesta de peras que le había recetado uno de los médicos del rey no había causado, obviamente, ningún efecto. Carlo Bonaparte tenía tan sólo treinta y nueve años de edad. En la academia habían querido que el cadete Napoleón se retirase a rezar y a llorar tan grave pérdida en la soledad de la enfermería, como se hacía habitualmente en situaciones similares, pero el joven Bonaparte lo rechazó, se negó a abandonar sus obligaciones por el dolor. Y, no obstante, sufrió mucho la pérdida de un padre al que amaba y admiraba. Era muy consciente de que Letizia, su madre, quedaba en difícil situación teniendo que alimentar a sus cuatro hijos pequeños con una exigua pensión de mil quinientas libras. Los otros cuatro podrían seguir viviendo becados en sus

correspondientes escuelas. Pero Napoleón, como cabeza de familia que ahora se consideraba, tenía prisa por cobrar su sueldo de oficial; debía volver al trabajo. «Mi dolor me lo ordena», había dicho.

En lo académico, Bonaparte estaba decidido a quemar etapas y hacerse oficial en tan sólo un año, cuando la mayoría de sus compañeros empleaba dos o incluso más en graduarse. Para Domairon, su profesor de letras, el joven Napoleón, contenido en lo externo, poseía las cualidades de un espíritu indómito. En sus propias palabras: «Es granito abrasado por un volcán». Como se le había informado que ese año no habría plazas para la marina, optó por la artillería, al fin la élite del ejército francés. Para poder alcanzar el grado de subteniente de esa arma, debía pasar duros exámenes, por ejemplo dominando en su integridad los cuatro gruesos volúmenes del *Tratado de matemáticas* del profesor Bezout, del que le examinó nada menos que Pierre-Simon Laplace, eminente miembro de la Academia de las Ciencias y desarrollador, como se sabe, de célebres sistemas matemáticos. El caso es que el joven corso consiguió superar los exámenes obteniendo el puesto cuarenta y dos de los cincuenta y ocho graduados de aquel curso, una hazaña notable si se tiene en cuenta que la mayoría de aquellos jóvenes habían invertido dos años en su preparación. De este modo, logra convertirse en oficial, subteniente de artillería, con tan sólo dieciséis años y quince días de edad.

Eligió como primer destino una plaza del sur, Valence, para estar más cerca de Córcega y de su madre. Allí recibió sus primeras charreteras en enero de 1786. Compaginaba la vida militar con las lecturas que le interesaban, plagadas de republicanismo romano, siempre en torno a la idea de liberar algún día su querida isla. Tácito, Montaigne, Montesquieu, Rousseau... Y no tardará en analizar la *República* de Platón, las *Instituciones* de

Justiniano o la historia de Federico II de Prusia. La política ya le llamaba más que cualquier otra cosa, salvando el estudio del arte de la guerra, en obras como el *Essai général de tactique* del conde de Guibert, de cuyas teorías bélicas (adquirir la superioridad en un punto, atacar en ese lugar señalado con todas las fuerzas disponibles, utilizando la sorpresa y la rapidez de movimientos) haría amplio uso Bonaparte en el futuro. Eran libros que iba adquiriendo en la librería de Pierre Marc Aurel, frente al café Cercle, muy cerca de su humilde alojamiento de entonces. A través de las lecturas, fue madurando ideas y convicciones. Francia, desde luego, precisaba cambios, tal vez una monarquía constitucional que gobernase en provecho del pueblo. En cuanto a Córcega, seguía pensando en que debería liberarse de la opresión francesa. Entre tanto y cuando puede, visita a su querida madre en Ajaccio, procurando en lo posible paliar las apreturas económicas de su familia. Pero en junio de 1788 se vio obligado a acudir a un nuevo destino, lejos de su familia, en la guarnición de Auxonne (Borgoña), poco más que un pantanal, fuente de mil enfermedades. Allí se encontrará Napoleón frente a frente con la Revolución. En febrero de 1789, Emmanuel Sieyès, un ex sacerdote de Fréjus publica un panfleto, *¿Que es el Tercer Estado?*, que conmueve a un país entero. Todo en la vida de Napoleón iba a cambiar.

LA PARTICULAR REVOLUCIÓN DE BONAPARTE

Cuenta Alexandre des Mazis, el principal camarada de nuestro protagonista en la insalubre Auxonne, que ya por entonces el joven Napoleón despreciaba la religión por entenderla como un infundado sistema de creencias; y puede que más aún la monarquía, tal y como estaba concebida en la Europa de fin de siglo: «Los reyes

disfrutaban de una autoridad usurpada en los doce reinos de Europa –le decía, para añadir–: hay pocos reyes que no hayan merecido ser destronados». ¿Quiere esto decir que Bonaparte era un revolucionario de asonada? En absoluto, se sentía orgulloso de ser un oficial del ejército, aunque fuese del francés y no del corso como le hubiese gustado en esta época, pues valoraba sobre cualquier otra cosa el orden y, por tanto, la jerarquía. Como Goethe, prefería la injusticia al desorden. En su opinión, «nada se gobierna sin disciplina», aunque considerase que «los prejuicios, los hábitos y la religión son débiles barreras», y vivía en el convencimiento de que los tronos se desplomarían «cuando los pueblos se digan un día al contemplarse: nosotros también somos hombres». Cuando llegase la Constitución de 1791, Napoleón estaría más que dispuesto a abrazarla con fervor, convencido de que los aires de libertad beneficiarían tanto al pueblo llano de Francia como a sus compatriotas corsos.

Es 1789, y un oficial del ejército no se puede desvincular de ello. En Borgoña, Napoleón cumple sus obligaciones sin pestañear, pacífica movimientos campesinos sin tener que disparar un tiro, pura determinación marca del personaje. Pero su revolución no es por el momento la francesa, la contempla desde fuera, como un mero observador, su deseo es regresar a Córcega y hacer algo útil por su patria opresa. No era extraño entonces que un oficial francés disfrutase de seis meses de permiso, repartidos a lo largo del año. Bonaparte los aprovecha todos para regresar siempre que puede a su amada isla, el contexto revolucionario le hacía abrigar esperanzas de redención. Así, reside en Córcega desde septiembre de 1789 a enero de 1791, de octubre de 1791 a abril de 1792, de octubre de ese mismo año a junio del siguiente. Procurando que no se le viese mucho por su condición de militar, apoyó durante ese período a los amotinados de Ajaccio, hasta que no pudo ocultar más

sus filias y se vio obligado a regresar a París, donde, curiosamente, fue ascendido a capitán.

Es en este contexto de idas y venidas a Córcega, siempre en la duda de qué hacer, en el que Napoleón protagonizará su primer, extraño y paradójico hecho de armas. En enero de 1793 el ejército revolucionario francés cuenta sus acciones militares por victorias, conquista Bélgica, Saboya y Niza. El próximo paso es la anexión de Cerdeña, por entonces perteneciente a la Casa de Saboya. Para ello se refuerza a las tropas francesas con voluntarios corsos. Napoleón se apasiona con el proyecto. Haciendo valer sus orígenes, consigue ser nombrado teniente coronel en funciones de los voluntarios corsos, tomando el mando de la artillería de la expedición, poca cosa a decir verdad, pues estaba compuesta por dos cañones y un mortero, que fueron estibados en la corbeta *Fauvette*.

Como cabía esperar, la desconfianza entre franceses y corsos es mutua desde el inicio de la campaña. Razones había para ello, pues el mando de los voluntarios corsos se otorga a un miembro señalado del clan de los Paoli, un primo de Pasquale llamado Colonna Cesari. Por indicación expresa del líder de la revuelta corsa, Cesari partió con la idea firme de hacer fracasar la expedición, manteniendo a Napoleón absolutamente al margen de la conspiración; al fin, a estas alturas, era considerado por todos el miembro más destacado del clan de los Bonaparte, familia a la que se veía como filofrancesa, cuando no directamente traidora a la causa, al aceptar que sus vástagos fuesen becados por el rey de Francia. Y, por si no fuese esto suficiente, mantenía una sincera amistad con el conde de Marbeuf, por no hablar de las actividades de Luciano Bonaparte, que con tan sólo dieciocho años formaba parte del club jacobino de Tolón.

Así que, mientras nuestro joven oficial se había tomado, como todo en su vida, muy en serio la expedición, Cesari estaba decidido a hacerla fracasar desde el principio.

JUAN GRANADOS

Aunque desembarcaron con éxito en la estratégica isla de San Stefano y Napoleón consiguió emplazar correctamente la artillería, Cesari se rindió sorpresivamente a las primeras de cambio, obligando a un rabioso Napoleón a reembarcarse abandonando la artillería. Esto no fue lo peor: a su regreso a su amada patria, comprobó cómo, tras una formal acusación de traición a Francia, enunciada por Luciano Bonaparte contra Pasquale Paoli en Tolón, el clan de los Paoli había declarado una verdadera *vendetta* contra su familia. Dolorosamente, Córcega había dejado de ser una opción para el futuro emperador de los franceses. Así se lo quiso explicar a su querida madre en un breve mensaje de advertencia: «Prepárese para huir, este país no es para nosotros». De este modo, Letizia Bonaparte tuvo el tiempo justo de abandonar su casa en compañía de los cuatro hermanos pequeños de Napoleón antes de que fuese devastada por los independentistas corsos. La familia, protegida por José y Napoleón, se refugia primero en Calvi, más tarde en Tolón y finalmente en Marsella, convirtiéndose en tristes refugiados amparados con una ridícula pensión por el Estado francés que sólo poseían entonces la ropa que llevaban puesta.

CUANDO NAPOLEÓN ENCONTRÓ A DÉsirÉE

La familia Bonaparte desembarcó en Tolón el 14 de junio de 1793. En Francia se avecinaba el gobierno de «los doce hombres justos», el Comité de Salud Pública, liderado por un visionario convencido de la bondad intrínseca del ser humano: Maximilien Robespierre. Luciano cambió su nombre por el de Bruto Bonaparte, en tanto los meses comenzaban a designarse por el nombre de las estaciones y los trabajos agrarios, y el terror se adueñaba del país.



Retrato del general Jean-François Carteaux, primer jefe de Napoleón en los acontecimientos del sur de Francia. Tan bonancible como inútil, estuvo a punto de conducir varias veces a sus tropas al desastre. La permanencia de Napoleón a su lado, consiguió impedirlo.

Entre tanto, tras poner a salvo a su familia en Marsella, Napoleón regresó a su regimiento, en Pontet, cerca de Aviñón, para ponerse a las órdenes del general Jean-François Carteaux, un buen hombre, siempre cortés con el joven capitán, que había sido pintor de la corte de Luis XVI. Carteaux lo ignoraba todo sobre el

arte de la guerra, cosa que Napoleón llevaba con resignación y cierta sorna, pues la única orden que su general le daba, fuese cual fuese el contexto, era irremediablemente: «Ataque en columna de a tres».

Mientras Napoleón trataba por todos los medios de explicarle a Carreaux que no se podía atacar la flota británica del almirante lord Hood, fondeada a varias millas de la costa, empleando culebrinas de pequeño calibre, a la familia Bonaparte no le iba del todo mal en Marsella. Su madre, Letizia, era ahora la amante de un creso comerciante de sedas marsellés apellidado Clary. Al tiempo, el hermano mayor, José Bonaparte, contrajo matrimonio con Marie-Julie, de veintidós años, hija del comerciante, que un día sería reina de España, al acompañar a su marido en el destino que para ellos depararía Napoleón. Por su parte, el capitán Bonaparte se enamoró intensamente de la segunda hija de Clary, Bernardine Eugénie Désirée, de tan sólo dieciséis años de edad. Pero el padre de la hermosa dama debió pensar entonces que con un Bonaparte en la familia era suficiente. Napoleón era un hombre sin posibles y, lo que era peor, sin muchos visos de obtenerlos en un futuro más o menos próximo. La negativa fue rotunda. Tiempo después, Napoleón reflejaría toda aquella tribulación, su anhelo en pos del amor idealizado, en una novelita de tono rosa de final trágico que quiso llamar *Clisson et Eugénie*, en la cual, un exitoso militar amante de la música ejerce de Pigmalión con la dulce y obediente Eugénie (Désirée), hasta que el hastío agosta su amor y obliga a Clisson a buscar la muerte en el combate. Con el andar del tiempo, veremos cómo Désirée Clary se convertirá en el año 1798 en la esposa del mariscal de Napoleón Jean-Baptiste Bernadotte y en reina de Suecia, al ser proclamado su marido monarca de ese país el 5 de febrero de 1818 con el nombre de Carlos XIV.



Imagen de madurez, fechada en 1822, de Désirée Clary (1777-1860), ya como reina de Suecia. Hija de un rico comerciante de sedas de Marsella, pasa por ser el primer amor conocido de Bonaparte, aunque él finalmente la rechazó. A su lado, su esposo Jean-Baptiste Bernadotte (1763-1844), mariscal de Napoleón y rey de Suecia y Noruega con el nombre de Carlos XIV. Retratado por François Gérard en 1811.

Se ha escrito mucho sobre Napoleón y el concepto que tenía de las damas. Sin lugar a duda disfrutaba de su compañía, pero su mundo era esencialmente masculino. La mujer debía permanecer en casa y lo más lejos posible de los asuntos considerados «serios»: «Las mujeres –decía– están en la base de todas las intrigas y es necesario mantenerlas en el hogar, lejos de la política. Corresponde prohibirles que aparezcan en público, excepto con falda y velo negros, o con el *mezzaro*, como en Génova y Venecia». Se sabe que, en lo formal, gustaba de las damas de manos y pies pequeños, tiernas y femeninas. Désirée cumplía todos estos requisitos. El mismo Napoleón reconocía que no era una dama especialmente agraciada, pero, como melómano confeso, comparaba su voz con «la de un rui señor o una pieza



Ilustraciones de época de la novela *Clisson et Eugénie* en la que Bonaparte, seguramente en un intento de explicarse a sí mismo, dio rienda suelta a sus vivencias amorosas.

de Paesiello, que agrada únicamente a las personas sensibles». Si a eso unimos la admiración que sentía por sus «blancas manos» y su carácter discreto y tímido, se puede comprender que Désirée Clary representaba el verdadero arquetipo femenino del joven capitán. No obstante, Napoleón siempre consideró aquello como una simple ensoñación de juventud. En sus periódicas visitas a París buscaba la compañía de mujeres de la «Revolución» cultas y sofisticadas: la actriz *mademoiselle* Constant, de la Comedia Francesa, *mademoiselle* de Chastenay, Thérèse Tallien, que con su belleza y dotes de seducción había impelido a su futuro marido Jean Lambert Tallien a enfrentarse a Robespierre para salvarla de la guillotina, precipitando de paso la caída del tirano... Al fin, y aunque Désirée continuaba enviándole dulces cartas de amor, Napoleón decidió dar por zanjado aquel asunto: «Dulce Eugénie –le dijo por carta– eres joven, tus sentimientos se debilitarán y después flaquearán;

más tarde advertirás que has cambiado. Así es el dominio del tiempo [...] no acepto la promesa de amor eterno que me ofreces en tu última carta, pero la sustituyo por una promesa de franqueza inviolable». Es decir, una elegante despedida al uso, no muy original. Tras aquellas edulcoradas palabras se escondía una realidad bien diferente. A través de su amiga Thérèse Tallien había conocido a una mujer que le fascinaba, y a la cual entonces en la sociedad parisina se la conocía como Rosa de Beauharnais. Su nombre completo descubrirá, naturalmente, a quién nos referimos: María Josefina Rosa Tascher de la Pagerie, vizcondesa de Beauharnais.

De este modo, encontramos en Marsella a Napoleón como un humilde capitán arruinado que a sus veinticuatro años aparenta haber finiquitado su ascenso público. Pero todo es susceptible de cambiar, y muy rápidamente.

EL HOMBRE ANTE SU DESTINO: EL SITIO DE TOLÓN

Ya que Napoleón no encuentra ninguna otra cosa a la que servir, sirve a la Revolución, aunque detesta la guerra civil en la que se ve envuelto y el terror que despliegan los iluminados que siguen la conducta en extremo cruel de Maximilien Robespierre. En un ejercicio de verdadera honestidad consigo mismo, y aprovechando su convalecencia de unas fiebres terciarias de las que se fue a recuperar a la pequeña localidad de Beaucaire, trató de poner en claro sus pensamientos redactando un pequeño libelo al que quiso llamar precisamente *Le souper de Beaucaire*, en alusión al asunto: un largo diálogo entre un oficial militar, el propio Napoleón, naturalmente, y un hombre de negocios de Marsella. La habilidad de estadista de Napoleón se ve también



Curiosa recreación, obra de Jérémie Benoît, del asunto central que refleja el exitoso libelo *Le souper de Beaucaire*, mandado imprimir por Napoleón en un intento de fomentar la paz entre jacobinos y girondinos. La publicación obtuvo el *placet* de los comisarios de Robespierre, circunstancia que le elevó al grado de jefe de batallón y comandante de la artillería que debía asediar la ciudad de Tolón.

en las pequeñas cosas; así, aunque el oficial francés defiende con vehemencia el gobierno de Robespierre y a Carteaux, su representante, demuestra también cierta simpatía por los sublevados contra la Convención, concluyendo que pierden el tiempo persistiendo en su rebeldía, pues aun concediendo que las cosas deben cambiar hacia la paz y la concordia entre los franceses, esos cambios han de hacerse por la fuerza de la ley y no por la rebelión armada.

La Convención, o más bien su representante en Marsella, un comisario corso como Napoleón, antiguo abogado apellidado Salicetti, poco ducho en sutilezas, entendió que el libelo mandado imprimir por Bonaparte

les beneficiaba. Como además era amigo de la familia y compañero de José Bonaparte en la logia masónica Paz y Sinceridad de Marsella, propuso inmediatamente el ascenso del capitán de artillería a jefe de batallón, señalando que se le debía destinar al sitio de la ciudad fortificada de Tolón, que había enarbolado el pabellón blanco de los monárquicos y estaba apoyada por tropas fundamentalmente inglesas, aunque también piamontesas y españolas. Dieciocho mil hombres en total, reforzados por la escuadra británica de lord Hood. Lyon había hecho lo mismo y, en realidad, toda la Francia meridional se había convertido en un polvorín para la Revolución.

De este modo, Napoleón, que permanecía asqueado con toda aquella sangre fratricida y había solicitado ya su traslado al Ejército del Rin, se encontró sorpresivamente en Tolón, junto al inefable Carreaux, como comandante de la artillería, para ver de enmendar todo aquello. En tanto Carreaux se dedicaba a dar órdenes más bien absurdas y a atusarse sus largos mostachos negros, Napoleón Bonaparte se ocupó día y noche en el asedio. Conocía bien Tolón y sabía que el mejor lugar para emplazar la artillería que había podido recabar, traída de la ciudadela de Antibes, de Mónaco y hasta del lejano Montpellier, era la punta de la Eguillette, un promontorio que miraba al mar, justo sobre la flota británica de lord Hood. Y aunque esta comenzó a sufrir serios desperfectos, Carreaux seguía sin comprender cuál era la verdadera función de la artillería en un asedio, empeñado en sus ataques «en columna de a tres». Por suerte, el 17 de noviembre de 1793, Carreaux fue relevado en el mando por un militar de verdad, Jacques Coquille Dugommier, que simpatizó inmediatamente con el esforzado comandante de artillería. No le costó mucho al corso convencer a su general de que para obtener el éxito no podrían atacar la ciudad sin deshacerse antes

de la flota enemiga. Con el fin de emplazar las piezas en la posición necesaria, deberían primero tomar un fuerte inglés, Fort Mulgrave, al que los franceses habían dado en llamar «El pequeño Gibraltar». Lo atacaron un 17 de diciembre, comenzando por una batalla artillera entre los cañones de Napoleón y las veinte piezas que defendían el fuerte. Por entonces ya le gustaba al futuro emperador de Francia rodearse de personal de confianza. En el sitio del «pequeño Gibraltar» brillaba con luz propia un valiente sargento de origen borgoñón, Andoche Junot, conocido por su carácter imperturbable, su amor por el servicio de las armas y la buena calidad de su letra a la hora de redactar las órdenes. Se cuenta que en este mismo sitio de Tolón, una granada enemiga cayó cerca de la batería donde se hallaba Napoleón dictándole unas órdenes. Como la nota que estaba escribiendo se llenó del polvo de la explosión, se le oyó decir: «No necesitaré secar la tinta con arena». Agradablemente sorprendido por este gesto de arrojo, Napoleón nombró allí mismo asistente de campo al que sería con el andar del tiempo duque de Abrantes y gobernador de Portugal.

El ataque a Fort Mulgrave en medio de una lluvia inmisericorde fue realmente cruento. El animoso Dugommier, al mando de cinco mil hombres de a pie, fracasó varias veces frente al denso fuego enemigo. Le llegó el turno a Napoleón, que mandaba a los dos mil hombres de la reserva. Fueron recibidos de igual manera, el caballo que montaba Bonaparte se desplomó muerto, pero su jinete continuó a pie con pasmosa tranquilidad, como él mismo aseguraba: «Si ha llegado la hora, carece de sentido preocuparse». Él y sus hombres consiguieron encaramarse a la empalizada y entablar el cuerpo a cuerpo con ingleses y piamonteses. El fuerte cayó finalmente a las tres de la mañana. Napoleón había resultado herido de cierta gravedad en una rodilla por una pica enemiga y, aunque el cirujano llegó a pensar



El general Jacques Coquille Dugommier (1738-1794), comandante principal en el asedio de Tolón, fue el primer jefe de entidad que tuvo Bonaparte. Sus buenos informes propiciarían el ascenso de Napoleón al generalato.

en amputarle la pierna para evitar la gangrena, finalmente no fue necesario. Sin embargo la marca que había dejado en su extremidad la profunda herida le acompañaría para siempre. Por la mañana, esto siempre ocurre, los comisarios del gobierno, Salicetti entre ellos, tomaron posesión de la plaza a sable desenvainado y pomposamente montados a caballo.

Al día siguiente, los ingleses emprendieron la retirada de Tolón tal y como Napoleón había previsto, embarcándose en la flota de lord Hood, que incendió el arsenal y se dio a la vela al abrigo de la noche. Las represalias tomadas contra la población por el Comité de Salud Pública fueron terribles. Los comisarios del gobierno, entre los que estaba el célebre Paul Barras, que llegaría a formar parte del Directorio y a mantener una intensa relación con Napoleón, tras haberle presentado a la que

sería la emperatriz Josefina, se aplicaron con verdadero celo en la tarea de organizar la represión de los sediciosos. El día 20 de diciembre, los comisarios mandaron fusilar a doscientos militares de la guarnición de Tolón y dos días más tarde a otros doscientos civiles, entre hombres y mujeres. Sobre aquellos terribles sucesos escribió el esquinado Joseph Fouché, entonces ya alto funcionario del gobierno, a un miembro del Comité de Salud Pública: «Hay un solo modo de celebrar esta victoria; esta noche doscientos trece insurgentes cayeron bajo nuestro rayo. Adieu, amigo mío, lágrimas de alegría inundan mi alma». Y más adelante: «estamos derramando mucha sangre impura, pero lo hacemos por la humanidad y el deber». Por su parte, Jacques Dugommier y un maltrecho Napoleón hacían cuanto podían por detener aquel baño de sangre. El joven corso llegó a introducir a una familia entera, los Chabrilan, en cajas de munición que despachó a Hyères, salvándoles así la vida.

La imagen pública de Napoleón salió muy reforzada de aquel hecho de armas. El propio Jacques Dugommier escribió al ministro de la guerra: «No tengo palabras para describir el mérito de Bonaparte: gran capacidad técnica, igual grado de inteligencia y enorme gallardía; ahí tienen un mal boceto de ese oficial de peculiares cualidades».

De este modo, el 22 de diciembre de 1793 Napoleón Bonaparte, por consejo de los comisarios Salicetti, Barras y Augustin Robespierre, hermano menor de Maximilien, de mucho mejor carácter y disposición que este, fue ascendido a general de brigada. Cuatro meses atrás era un simple capitán y tenía veinticuatro años. No obstante, su estrella no había comenzado a brillar de forma definitiva y para siempre, pues la Convención nombraba muchos generales y con la misma facilidad los destituía. Napoleón aún habría de soportar tiempos de honda incertidumbre.

máquina de guerra que había dispuesto Napoleón era imposible de neutralizar por métodos convencionales, toda Europa sería bien pronto consciente de ello.

TRAS LA VICTORIA

Napoleón era ahora el general triunfante, Italia estaba a sus pies y el Directorio había de tolerar sus decisiones: tratados laxos con el enemigo, desprecio a los comisarios, tolerancia con el papa... ¿Quién podría resistirse a los designios del conquistador? Sólo una persona, Josefina, cuyas cartas, tibias, escasas y dilatadas en el tiempo, le traían a mal traer. Los reproches del enamorado general a su fría esposa son constantes a lo largo de toda la campaña:

¡Usas conmigo el tratamiento de vos! –exclama Napoleón en respuesta a la primera carta de Josefina—. ¡Tú serás «vos»! Ah, perversa, cómo pudiste escribir esa carta. Y además, del 23 al 26 hay cuatro días. ¿Qué estuviste haciendo, puesto que no escribías a tu marido? Ah, querida mía, ese vos y esos cuatro días me inducen a lamentar que ya no posea mi antigua indiferencia. Maldición a quien haya podido ser la causa de esto. ¡Vos! ¡Vos! ¡Qué sucederá dentro de una quincena!

Naturalmente, en una quincena, el asunto no pareció mejorar; es más, Bonaparte aparentaba diagnosticar muy bien el problema, pero se ablandaba al final. La pasión, como suele ocurrir, no le permitía ver claro en este punto:

La idea de que mi Josefina podía sentirse incómoda, la idea de que tal vez estaba enferma, y sobre todo, ¡oh cruel!, la terrible idea de que tal vez me ame menos,

angustia mi alma, provoca mi tristeza y mi depresión, y ni siquiera me aporta el coraje de la furia y la desesperación... No llegan tus cartas. Recibo una sólo cada cuatro días. Si me amases, escribirías dos veces por día. Pero tienes que charlar con los caballeros visitantes a las diez de la mañana, y después escuchar la conversación ociosa y las tonterías de un centenar de petimetres hasta la una de la madrugada. En los países que tienen cierta moral todos están en su casa a las diez de la noche. Pero en esos países la gente escribe a los maridos, piensa en ellos, vive para ellos. Adiós, Josefina, para mí eres un monstruo inexplicable... [claro que] Te amo más cada día que pasa. La ausencia cura las pequeñas pasiones, pero agrava las grandes.

Entre tanto, Josefina dilataba su encuentro con Napoleón en Italia. Simulaba estar enferma, cuando en realidad vivía su amor cortés con el joven teniente de húsares Hippolyte Charles, quien finalmente la acompañaría a Italia a reunirse con su rendido marido, si bien, para compartirlo con el perrillo Fortuné, que la acompañaba hasta en la alcoba, para desesperación de Napoleón, que llegó a confesarle a Arnault, un escritor amigo de Josefina:

Este señor, lo ve usted bien, es mi rival. Era el dueño de su cama cuando me casé con ella. He tratado de hacerlo salir, pero en vano. Me dijeron que debía consentir en compartirla o dormir fuera, lo cual me contrariaba considerablemente, pero no tenía elección. Al fin me he resignado; sin embargo, el favorito ha sido menos condescendiente que yo. En esta pierna tengo la prueba.

Durante su estancia en Génova, Josefina consiguió que Napoleón detuviese la vorágine en la que le gustaba vivir para posar para el joven pintor Antoine-Jean Gros, alumno del célebre pintor revolucionario Jacques-Louis

David. Este sólo lo hizo cuando Josefina le propuso posar sentado sobre sus rodillas, algo que Napoleón no podía negarle. Como resultado, Gros, un auténtico petimetre consentido que no quería seguir a Bonaparte al frente, pintó el cuadro más célebre de la campaña de Italia: *Napoleón sobre el puente de Arcole*.

A la vez, Napoleón administraba en Italia los frutos de la victoria, difundiendo, esto no ha de olvidarse, la concepción de los derechos del ciudadano entre los pueblos de aquel lugar. Así, mientras ordenaba plantar en las plazas públicas «árboles de la libertad», mandó abolir diezmos y prebendas y proclamó la libertad de prensa, fomentando el desarrollo de la ciencia y la lucha contra la superstición. Observando que en la ciudad papal de Ancona se obligaba a los judíos a usar un sombrero amarillo y la estrella de David y a vivir en un gueto que se cerraba por la noche bajo llave, ordenó eliminar inmediatamente todas aquellas prácticas.

Según las órdenes del Directorio, envió a Francia una buena cantidad de obras de arte y objetos de valor histórico tomados en Italia. La selección de estas obras muestra por dónde caminaban sus gustos artísticos e intelectuales: *La alborada* de Correggio, un manuscrito de Galileo sobre fortificaciones, tratados científicos de Leonardo da Vinci, *El concierto campestre* de Giorgione, dibujos preliminares de Rafael para *La escuela de Atenas*, la *Madonna de la victoria* de Andrea Mantegna y las estatuas de Junio y Marco Bruto, precursores de la República romana.

En lo político, evidenció una década de profunda reflexión sobre el concepto de Estado y el buen gobierno de los hombres. Suya fue la redacción de la Constitución de la República Cisalpina del norte de Italia:

Con el fin de consolidar la libertad y con el único propósito de promover vuestra felicidad, he ejecutado una tarea que hasta aquí se había realizado sólo

por ambición y amor al poder... Divididos y agobiados tanto tiempo por la tiranía, no podríais haber conquistado vuestra propia libertad; abandonados a vuestros recursos durante unos pocos años, no habrá poder sobre la tierra que tenga fuerza suficiente para arrebatarla de vuestras manos.

En suma, su afán en este punto fue tratar de imbuir en el territorio que ahora dominaba los valores del republicanismo, a través de los principios y las instituciones tomadas de la propia República francesa.

No obstante, no todos sus contemporáneos atribuían su obra a la de un libertador. Ese mismo año de 1797 Bernadotte capturó en Trieste a un agente realista, Louis Alexandre de Launay, conde de Antraigues, y con él los informes que guardaba en un elegante portafolios rojo. El propio Napoleón accede a aquella documentación, pudiendo leer de primera mano lo que el espía informaba sobre su persona. Con el tiempo, serían legión en Europa quienes opinasen más o menos lo mismo:

Ese espíritu destructivo, perverso, atroz, malvado, fecundo en recursos, que se encoleriza ante los obstáculos, para quien la existencia no vale nada y la ambición todo, que ansía ser el amo y está resuelto a serlo o a morir, sin freno ante nada, que aprecia los vicios y las virtudes únicamente como medios, con absoluta indiferencia hacia unos u otros, es la estampa del hombre de Estado. Por naturaleza violento hasta el límite, se refrena por el ejercicio de una reflexiva crueldad que le permite dominar su ira y diferir sus venganzas, con la imposibilidad física y moral de existir un solo momento en reposo... Bonaparte es un hombre de poca estatura, figura menuda, ojos ardientes, algo en la mirada y en la boca que resulta atroz, disimulado, pérfido, parco en palabras, pero que discurrea cuando su vanidad está en juego o puede verse contrariada.



Uno de los legendarios arranques de ira de Bonaparte, en esta ocasión ante el embajador de Austria Cobenzl, con quien se encontraba negociando en 1797 el Tratado de Campoformio. Grabado de Georges Perrichon.

De mala salud, y en consecuencia de mala sangre, está cubierto de herpes, y esa clase de enfermedades acrecienta su violencia y su actividad.

Ese hombre está siempre entregado a sus proyectos, y sin distracción. Duerme tres horas por noche, no toma medicamentos más que cuando los sufrimientos le resultan insoportables.

Desea dominar a Francia y, a través de Francia, a toda Europa. Todo lo que no sea eso le parece, aunque sean triunfos, tan sólo medios. Roba abiertamente, saquea para su inmenso tesoro personal oro, plata, joyas, pedrería, pero eso sólo le interesa como útil recurso. El mismo hombre capaz de robar a fondo a una comunidad concederá un millón sin vacilación al hombre que pueda serle provechoso... Con él, una transacción se hace en dos palabras y en dos minutos. Esos son sus medios para seducir.

JUAN GRANADOS

Firmado el Tratado de Campoformio con Austria el 17 de octubre de 1797, que consolidaba las repúblicas italianas del norte (Cisalpina y Liguria) y la posesión francesa de las islas jónicas que pertenecían a Venecia, Bonaparte y Josefina pudieron abandonar Italia. Llegaron a Francia en olor de multitud. Napoleón, aclamado como un nuevo César, regala en el acto de entrega del tratado que traía firmado por el emperador de Austria un discurso ante los directores que sorprende por su modernidad. No es el discurso de un general, sino el de un estadista:

La religión, el sistema feudal y la monarquía han gobernado sucesivamente a Europa durante veinte siglos, pero de la paz que vosotros acabáis de firmar nace la era de los gobiernos representativos. Habéis logrado organizar a esta gran nación, de modo que su territorio está circunscrito por los límites que la Naturaleza misma quiso. Habéis hecho aún más; los dos países más bellos de Europa, otrora tan famosos por las artes, las ciencias y los grandes hombres que nacieron en ellos, contemplan con gozosa expectativa cómo el espíritu de la libertad se eleva de las tumbas de sus antepasados.